

www.elboomeran.com

QUIM MONZÓ

ESPLENDOR Y GLORIA  
DE LA INTERNACIONAL  
PAPANATAS

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2010 by Joaquim Monzó  
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Todos los derechos reservados:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-33-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 5016-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
JOE DELLA CHIAVE *Imagen de la cubierta*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## NOSTALGIA DEL FELPUDO

En tiempos no muy lejanos, la mayoría de la población femenina dejaba que el pelo de su pubis creciese sin problemas. En los años sesenta y setenta, e incluso los ochenta, la nebulosa idea de libertad estaba tan presente que hasta presidía la peluquería pública. Eran épocas en las que, en el revolcón, tras caer pantalones o faldas, al bajar las bragas el bosque aparecía en todo su esplendor.

Como mucho, para que los pelos no sobresaliesen del bañador o del bikini, se depilaban la zona que se encarama hacia los muslos. Pero—salvo contadas excepciones—eso era todo. La cosa duró hasta hace una década, más o menos, cuando depilarse dejó de ser una excentricidad lúbrica para convertirse en lo habitual. Ya no se eliminaban sólo los pelos que se adentran en los muslos, sino también los del monte de Venus. Dos lustros más tarde, uno se encuentra con formas de lo más diversas. Hemos pasado del jardín inglés al francés, con formas geométricas claramente delimitadas. Se acabó la monotonía de antaño. Ahora la duda se repite en cada ocasión: ¿a ver qué habrá aquí...? Los grandes volúmenes pilosos se ven reducidos a formas estilizadas: un simpático caminito zigzagueante que prolonga la línea de los labios vaginales, una pequeña nubecita, la opción depilado total (con piercing en el labio mayor derecho, pongamos) o incluso un triangulito trazado como con tiralíneas.

Todo eso está muy bien. Pero ¿qué se hizo del entrañable felpudo? Que la nostalgia por el matojo silvestre la comparan muchas personas lo demuestra el hecho de que empie-

za a haber webs dedicadas a los coños de los setenta. Hay muchas; una de ellas se presenta con un canto de añoranza: «Recuerde usted aquellos años maravillosos: sin el problema del sida, follando todos como condenados, sin enojosas tetas de silicona... Unos años en los que las maquinillas de afeitar eran herramientas que sólo utilizaban los hombres».

¿Esa nueva nostalgia significa que pronto cambiará la moda y volveremos a los abundantes pastos de antaño? Para nada. Harán falta lustros para que empiece a quedar resultado presentarle al *partenaire* un matojo tupido. En aras de la biodiversidad, lo ideal sería que ambas tendencias conviviesen. En la variedad está el gusto. Pero parece que lo pone difícil el borreguismo implícito en toda moda. Basta recordar lo que sucedió con las axilas. Explican que, en épocas pretéritas, las mujeres no se las afeitaban. Lo creo porque he visto fotos y películas en las que mujeres impresionantes exhiben pelo en las axilas. Pero un día la moda cambió y todas pasaron a depilárselas. Desde entonces, nunca más hemos vuelto a ello, a excepción, en los sesenta y setenta, de algún sector radical del feminismo, que no se depilaba ni las piernas. Desde entonces, los amantes del pelo en el sobaco femenino tienen como máximo consuelo ver de cuando en cuando el vídeo de *Arroz amargo*, aquella película en la que la espléndida Silvana Manganò mostraba, al levantar los brazos, un sensualísimo chaparro. Sería una lástima que con el pelo púbico pasase lo mismo y las nuevas generaciones tuviesen que conformarse con contemplarlo en las webs nostálgicas.

## EL CHÁNDAL Y LA INMOBILIARIA

La noticia apareció hace unos días en la prensa, en un rincón discreto, en lo que los profesionales llaman un breve. Se trata de una resolución judicial contra el uso del chándal en el lugar de trabajo. Sólo con el titular ya ves de qué va el asunto: alguien va a trabajar con chándal, la empresa le dice que con chándal no puede ir, el trabajador insiste en su indumentaria y la cosa acaba en los tribunales.

Hasta aquí, todo correcto. Disputas de éstas las hay a montones. Lo sorprendente es el país donde ésta sucede. En Francia: «El Tribunal Supremo de Francia ha validado la rescisión del contrato de una trabajadora de una inmobiliaria de Niza porque el chándal no es una prenda adecuada para atender a los clientes». Nótese el delicado eufemismo para hablar de despido: rescisión de contrato.

Sea como fuere, la resolución del Tribunal Supremo ha tenido lugar en Francia, que durante muchos años fue para nosotros la meca del chándal. Recordemos las bromas, hace un par de décadas, cuando atravesábamos la frontera, visitábamos un pueblecito francés y veíamos que franceses y francesas salían a la calle con chándales de colorines, a comprar su baguette. Lo encontrábamos exótico, hasta que el chándal llegó también masivamente a nuestras tiendas y ahora resulta que la costumbre de llevarlo todo el santo día, se haga deporte o no, ha proliferado entre nosotros con igual intensidad. El chándal se ha convertido en un elemento indumentario básico. Hasta tal punto ha llegado la identificación del chándal con la normalidad que cuando Vera y Barrionuevo salían de la cárcel se exhibían ante los fotógrafos

en chándal, para que así el hombre de la calle, el lector de diarios o el telespectador, se identificase con ellos y viese que no son mala gente. ¿Cómo van a ser mala gente si van en chándal, como el común de los mortales?

El chándal alcanza su punto culminante de utilización los fines de semana, a cargo sobre todo de habitantes de las metrópolis y sus conurbaciones. Tanto es así que, en muchos pueblos, los fines de semana es costumbre—para matar el aburrimiento—ir a la plaza, sentarse en un banco y dedicarse a contemplar las oleadas de urbanitas en chándal que van llegando. En monovolumen o en cuatro por cuatro, pero todos con chándal: la mamá con un chándal azul cielo, el papá con un chándal rosa, la nena con uno verde loro y el niño con uno lila y rayas de un amarillo fluorescente a lo largo de las perneras. Son ciudadanos a quienes, si no se ponen chándal el fin de semana, les parece que no están de fiesta.

Pues resulta que ahora Francia da un paso adelante y su Tribunal Supremo considera válido el despido de la trabajadora que se negaba a ir a la agencia inmobiliaria en otra cosa que no fuese chándal. La chica no debe de entenderlo porque muchos han pasado de llevar chándal las jornadas de descanso a llevarlo cada día, laborables incluidos. ¿Cuántos muchachos van con chándal, de lunes a domingo, incluso a la escuela? ¿Cuántos acaban sus años de estudio sin haberse puesto nunca unos pantalones convencionales, un polo o una camisa y unos zapatos no deportivos? Así las cosas, cuando finalmente encuentran trabajo en una agencia inmobiliaria (de Niza o de donde sea) es lógico que a esos muchachos les cueste entender que no pueden ir en chándal. ¿Por qué no, si es lo que han hecho toda su vida?

## LAS MONEDAS MARCAN

Ya tenemos los primeros euros en nuestras manos. Los hemos tocado, mirado, de cerca y a contraluz, para aprendernos todas esas señales que dicen que diferencian los billetes verdaderos de los falsos. En estos pocos días, nos hemos acostumbrado más o menos a su tacto, a su forma, a que las monedas de uno y dos euros sean bicolors y los céntimos no...

Una de las consecuencias de la irrupción de la nueva moneda en nuestras vidas es que, desde ahora, en los relatos y en las películas, las acciones en las que intervienen pesetas pasan a denotar tiempos pasados. El 1 de marzo la zanja será definitiva. Pasará como cuando leemos una historia de hace siglos y los protagonistas hablan de maravedíes o de doblones. Que alguien dé ciento treinta pesetas por una barra de pan o setecientas por un whisky *sonará* a antiguo, a una época ya clausurada, como las calesas y las tartanas, o los caballeros que llevaban ligas para sujetarse los calcetines. Pues las pesetas hacen ya que la acción quede anclada, aunque la película o la novela sean del año pasado.

Todas las cosas perecerán pero, cuando las escribimos, no pensamos que un día denotarán el ayer. Hoy, por ejemplo, muchas actitudes telefónicas—en obras de teatro, películas o cuentos—denotan el paso del tiempo. ¿Cómo puede Fulano telefonar a Mengano cada día desde su casa—para acosarlo e insultarlo de forma anónima—y el otro no descubrir su número gracias al identificador de llamadas, tan habitual ahora en según qué modelos de teléfono? Con la actual generalización del identificador de llamadas, Fulano

no se hubiese atrevido nunca a llamarlo desde casa. Como mínimo, hubiese ido a una cabina. Para no apartarnos de la telefonía: la inexistencia de móviles también fija épocas. ¿Por qué tal personaje corre buscando una cabina telefónica? ¿Por qué no se mete la mano en el bolsillo y saca su telefonito? Pues no lo hace porque no existían, y eso marca distancia. Como la marca ese mismo aparato en el título del primer libro de Javier Cercas: *El móvil*. Cuando Cercas publicó en 1987 ese libro de relatos, al leer el título todo el mundo interpretaba ese móvil como «lo que mueve material o moralmente a una cosa». En cambio, a los lectores que lo descubran ahora les puede asaltar la duda. ¿Va del móvil que se lleva en el bolsillo o del que te conduce al asesinato, por ejemplo? La solución radical es la que se ha adoptado en la traducción de la novela *99 francs* de Frédéric Beigbeder, cuyo título se ha convertido, entre nosotros, en *13,99 euros*, en vez de *99 francos* o su equivalente en pesetas.

No podemos ir al banco con todos nuestros videocasetes y novelas y pedir que nos conviertan en euros las pesetas que aparecen en la acción. Está bien que eso sea así. Ya se encargarán de esa tarea los adaptadores teatrales o cinematográficos, esos que toman una historia de Shakespeare, visten a sus protagonistas con traje y corbata y los colocan en un bar de paredes de ladrillos ante una camarera pechugona que les sirve un bloody mary que pagan con un billete de cinco euros.



## «FARGO», LA CONTINUACIÓN

La semana pasada se supo que, hace un mes, una japonesa de veintiocho años murió en un bosque de Minnesota mientras buscaba el tesoro perdido de *Fargo*, la película de Joel y Ethan Coen. La noticia ha tardado tres semanas en llegar hasta nosotros porque los primeros en publicarla fueron los diarios japoneses; de ahí saltó a la prensa norteamericana y de la norteamericana a la europea. La agencia Reuters y el servicio de noticias de la cadena ABC explican que la mujer, llamada Takako Konishi, llegó a Minnesota la segunda semana de noviembre. Quienes hayan visto *Fargo* recordarán que, tras un secuestro grotesco, un personaje detiene su coche en medio de una infinita extensión de nieve y entierra un maletín con un millón de dólares. Pero es tan bobo que marca su localización con un palito que, evidentemente, al cabo de nada desaparece bajo la nieve, con lo que la película acaba sin que sea capaz de descubrir el lugar donde lo escondió. Pues a partir de los detalles de esa secuencia, la mujer dibujó un mapa—el árbol, el cercado...—con el que pretendía encontrar el maletín. Eso fue lo que explicó a los policías que la interrogaron días antes de su muerte, al verla dando vueltas por aquella zona inhóspita y nevada. Los policías intentaron hacerle entender que *Fargo* es una película, no un hecho real, pero la mujer apenas entendía inglés y siguió a lo suyo.

Que la gente confunde ficción con realidad es algo sabido. Que se lo pregunten a los actores de series televisivas que ven cómo por la calle la gente los toma por sus personajes y, si los personajes son malos, llega a increparlos. El

cine ha conseguido que la gente crea que es verdad lo que nunca lo fue: que los vikingos llevaban cascos con cuernos (nunca los llevaron) o que los romanos saludaban extendiendo el brazo derecho, una invención del cine mudo que fue tomada por cierta, lo que hizo que los fascistas la adoptasen. La confusión no es nueva. Llevamos miles de años con la historia de la Atlántida—que se ha intentado localizar en el Atlántico, el Ártico, el Antártico, los mares de la China, incluso el canal de la Mancha...—y justo ahora Alan F. Alford, una de las máximas autoridades en mitología, ha certificado finalmente (por si quedaban dudas) que nunca existió más que en la mente de Platón, como una metáfora para explicar que «el mundo nació al colisionar un planeta contra la Tierra muerta y seca, esparciendo así las semillas y el agua de la vida». Una certificación, por cierto, que llega en el momento ideal, ahora que se acerca el centenario de la muerte de Verdaguer, este inminente 2002.

Volvamos a lo de la japonesa muerta por confundir la ficción de *Fargo* con la realidad de Minnesota. Para rizar el rizo, resulta que la película empieza con las frases: «Esta historia es real. Los hechos narrados en esta película sucedieron en Minnesota en 1987». Son unas frases que todos los aficionados al cine se toman como una broma de los Coen, de las muchas de esa espléndida película. Pero, dado que la víctima se lo creyó a pie juntillas, ¿cómo es que, agarrándose a esas frases iniciales y armados de abogados norteamericanos con ganas, los parientes de Takako Konishi no han presentado aún demanda contra los hermanos Coen por ese engaño que la condujo a la muerte? No debía de tener familia, pobre.